



Pidiendo permiso para pasar

Brenda Ríos

Hubo una época, no hace mucho, en que los escritores llegaban de la provincia mexicana y narraban con sus ojos relucientes de nuevo este coloso de costumbres erráticas que es la ciudad de México. Hubo también quienes llegaban a la capital a contar de la vida fuera de ella: narrar la provincia a los capitalinos para que no se olvide que el centro del país no es todo el país. Y, claro, los capitalinos que centran su obra en la ciudad misma: metalingüistas del espacio. Tanto los unos como los otros ofrecen distintos y variados frutos de calidad suprema.

Un escritor que sale de la ciudad y narra el campo es algo menos común. La traslación de lugar, la experiencia *in situ*, la perspectiva del narrador en el que confiamos y del que actualmente, más por premisas teóricas que por inercia lectora, se nos enseña a desconfiar, especialmente en esos géneros narrativos de la primera persona (Shandy comenzó todo, ese bárbaro). El xx es el siglo que recibe en herencia de su antecesor el guiño cómplice, el jalón de manga, la sonrisa despectiva de un narrador que nos toma el pelo. ¿Qué le espera, pues, a este siglo? Sé de autores jóvenes preocupados por romper las estructuras narrativas tradicionales, por disfrazar sus personajes, por enredarlos tanto que su lector, ya perdido, se sienta extremadamente inteligente y piense que entendió cuando el personaje se extravía para siempre en la página 10 o 12 y nada de lo que haga el narrador lo puede traer de vuelta. Son muy buenos —estos escritores con sus espadas justicieras contra el tiempo pasado—, reconozco eso, en armar rompecabezas de mil piezas: los personajes, las situaciones narrativas, los tiempos de la historia. Los rompecabezas no necesariamente

cuentan historias, a veces cuentan cómo se arman historias, cómo podría vislumbrarse una historia, pero no siempre uno como lector se siente parte de ello. A veces los relatos se construyen sin contar nada. No hablamos aquí de una narrativa del vacío sino de una narrativa de la espuma. Si hay una premisa me atrevería a decir que sería exclusión del espectador/lector.

Pero eso lo dejamos para después: bien, sí, ajá, claro, nuestro sujeto: Héctor Villarreal. Sus temas de escritura son —entre otros— ciertos fenómenos políticos, sociales, culturales del país y sobre todo de la ciudad de México. Su marca propia; sí, ya sé que Monsiváis, pero hay distintas maneras de ser capitalino, no sólo de la Portales surgen los simbolistas del centro. Su tono ensayista es a veces tan serio que es flemático, o burlón hasta el vituperio jocoso. No es, pues, un escritor fácil de clasificar, y ni lo intento, para qué. *El historiador y otros cuentos campiranos*, publicado por el Instituto Mexiquense de Cultura, fue algo que no esperaba. Villarreal no sigue la veta —al parecer muy rica dado el número de narradores que hay— de des-escribir y des-hacer la escritura (en ocasiones la moda retro se apodera de los literatos: llegan al *new age* y parecen felices de descubrir lo nuevo), él se concentra en algo que se reconoce al primer relato: la anécdota y el tono. Se concentra en contar una historia, en armar estos humildes personajes y de dejarlos ser. Villarreal es un rebelde que vuelve a la tradición; parece una paradoja pero no lo es. De tanto leer rompecabezas uno se acostumbra

casi a la intención de ruptura de la linealidad temporal, del abuso de la segunda persona, de la presunción y distancia del narrador-sujeto narrado, de la soberbia del narrador imperturbable que separa cuidadosamente lo que piensa el personaje, lo que hace el personaje como cuidándose de que nadie piense que él mismo —autor/narrador— hizo o dijo. Algo que caracteriza a nuestra literatura contemporánea es precisamente esta distancia entre autor-narrador-personaje, y de ahí lo que se desprende: la situación narrativa. Quizá no sea más que un mero reflejo de cómo construimos nuestras propias relaciones interpersonales. Mejor no me enredo en la pretensión de entender la psicología de la literatura actual: me concentro en este autor extraño, excéntrico por un infrecuente regreso al origen (suena a título de película gringa de enorme presupuesto), el origen del que decía Benjamin: contar historias en el fuego como un motivo de relación comunitaria.

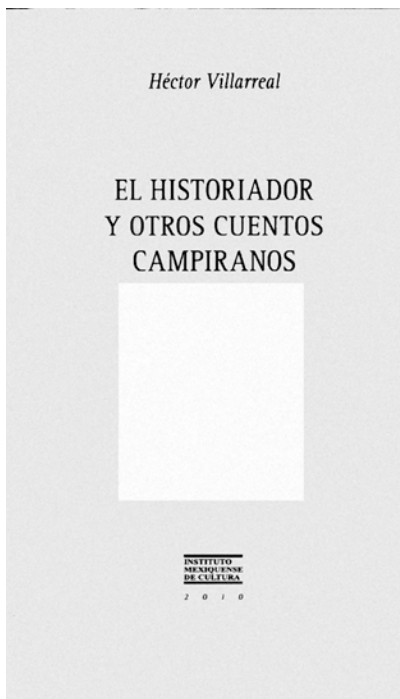
¿Qué une a estos relatos? Arriesgaría lo siguiente (y a las pruebas me remito): una proximidad visible, personal, casi afectiva sin llegar a lo rosa, entre el narrador (todos los relatos tienen un narrador en tercera persona que cuenta, un observador que quiere ser imparcial, que se nota que quiere serlo y en ocasiones se le escapa encariñarse con alguno que otro) y el lector. Una cercanía respetuosa del otro. El narrador no habla de sí mismo, no cuenta cómo llega a esos pueblitos y cómo conoce a quienes nos está presentando, sólo pide permiso para pasar y algunas veces nos cuenta cómo



Fotografías: Alejandro Arteaga

están hechas las casas humildes, los panteones, los caminos de tierra, los chiqueros; otras, nos describe con lujo de detalles a las bellas jóvenes, los ricos del pueblo, los villanos, los de siempre, los de la vida diaria de domicilio conocido. El humor villarrealista (válgame, esto suena a movimiento peligroso sesentero) va de la insinuación sutil y pícara hasta la ofensa directa a algún sujeto particular.

No quiero hablar aquí si Rulfo o Arreola o Campobello o Fuentes son la influencia, eso sería fácil e innecesario. Quiero tan sólo hacer notar esta especie de periodismo narrativo: el que cuenta se queda sentado en una esquinita, tratando de no molestar, afirmando cuando sea necesario, tratando de no tomar partido en las peleas locales, tratando de no ver muy de cerca a las muchachas disponibles por si lo comprometen de más, tratando, pues, en la medida de lo posible de contar lo que ve. Los cuentos no parecen tener tiempo, son del pasado y de fuera, y son del México rural que persiste —el que sobrevive— sin moverse de su letanía decimonónica, de su modorra doméstica, de su dependencia resignada de las remesas. Hay una inercia en los relatos, una calidez que no es urbana, una ingenuidad no risible ni romántica, una ingenuidad que raya en la estupidez y a la que nuestro narrador no hace concesiones: de la que se ríe por lo bajito, con todo respeto. Traven, Bonfil Batalla, Paz, lectores tantos que reconocieron los tantos países metidos en éste: uno, que de tan complejo y diverso, se enreda fácilmente y no hay qué ni quién pueda descubrir el hilo para sacarlo y comenzar de nuevo. Villarreal no pretende, y por ello mismo, se acerca y, lo que es más importante, logra acercarnos a lo que ve y oye. No irrumpe con las cámaras de *National Geographic*, no es el reportero sensacionalista, es más cercano a un antropólogo que pone en práctica la observación participante, armando la bitácora de campo, separándose de su yo capitalino y escuchando con atención el acento y el habla, las inflexiones y los modos lingüísticos. Y también es lo que es: un capitalino exacerbado que sale y cuenta lo que ve, sea lo que sea que esté allá fuera de las casetas de cobro. **▲▲**



Héctor Villarreal,
*El Historiador y
otros cuentos campiranos*,
Toluca, Instituto Mexiquense
de Cultura (colección Piedra de
fundación), 2010, 78 pp.